

Muérase usted y verá



Señor Vicente A. Salaverri (Antón Martín Sáavedra), autor del libro titulado "La comedia de la vida", recientemente aparecido.

Le fulgian los ojos como a un condenado cuando entró en la redacción. Era después del almuerzo:

—Estoy convulso. ¡Creo que hasta enfurecí! ¡Debi derribar a uno de un bastonazo...

—¡De un bastonazo...! A quién? Por qué?

—¡Eso ciscantitas del diablo, que no pueden con su envidia! Ha sido en el café. Me querían comer porque dije en mi último artículo que Perengánez tenía talento.

—Y de fijo, a Perengánez se lo "comen" por el terrible delito de haberle elegido usted.

—Exactamente! Es un ambiente que repugna.

—Al contrario: así da gusto vivir. Ya

ve, lo "tijeretan" a uno por el hecho de descollar. Merced a eso—sólo a eso!—es que se alza cabeza "en literatura". Las más de las veces. El dicho tentón no falla: "Dime cuántas resistencias levantas y te diré el caso que te van a hacer". ¡Qué hubiere sido Wagner si no lo lapidaran al principio!...

—De modo que usted cree...

—Que los vulneradores le hacen tanto bien como los que elogian—¡acaso más!—a los hombres de algún talento.

Entró en detalles nuestro amigo: él había ponderado, sinceramente, la obra literaria de cierto periodista. Y razonó igneo:

—Ya ven ustedes, un periodista que hace trabajos literarios todo fluido, emoción y buen gusto! Doble mérito. Porque la tarea cotidiana en la imprenta, agota, deforma. Y él siendo un "diarista" infatigable, es un galano narrador. Creo que ha sido un gran espíritu hispano, Dionisio Pérez, quien ha consignado más o menos: "Decid que si un hombre estuvo cinco o seis años no más, escribiendo el artículo que aun vive en la primera página de muchos diarios, y luego continúa poseyendo estilo ameno y personal y capaz de empeños puramente literarios, habrá en él un escritor formidable que hubiera producido páginas de una extremada belleza".

Revolvióse medio congestionado el colega:

—Ahora diganme ustedes: ¡es justo que si a Zutánez (mozo laborioso hasta la exageración), se le "sacan tiras", estén entre sus adversarios esos escritoruelos chiríes, que padecen de estreñimiento al cerebro; estreñimiento desolador para el cual nadie ha descubierto laxante todavía!...

Tuvimos que echarnos a reír, en tanto que le recordábamos a nuestro amigo los consabidos versos del clásico:

—Narde para su regalo
esta sentencia el autor
si el sabio no aprueba, malo;

si el necio aplaude, peor.

—¡Es que no son tan necios como matos y envidiosos!—dijeron el irascible.

—Mejor. ¡La envidia es admiración al revés!—sentenciamos fingiendo un aire perturbado.

—Pero no se escribe para que lo vapuleen a uno, se escribe para ser querido, respetado...

—Se escribe —corregimos— por placer.

Placer o necesidad de volcar lo que se lleva en el corazón y en el cerebro. ¡No es lo mismo! El jazmín, amigo mío, da perfumes, sin pensar en que será útil a las fábricas de extractos y lociones.

—Pero—objeto de nuevo—¡siempre satisface eso de que se nos juzgue bien!

—¡Y acaso vamos a ser tan desdichados que no encontremos quien bien nos juzgue!... Indudablemente, no. Serán veinte, cien, doscientos... El número no importa. Interesa la calidad. Por lo demás, no olvide usted que a los ambientes herméticos como el nuestro, les viene de perilla aquél cuento del padre, el hijo y el burro.

—¡No lo conozco!

—Pues es muy trivial: un padre viejo, un hijo joven y un burro ni joven ni viejo, iban camino adelante por la carretera. El padre barbotó de pronto: "Estoy cansado; voy a cabalgar", saltando en seguida sobre los lomos del burro. Pasaron una aldea: "¡Qué sinvergüenza! Deja al hijo que vaya a pie y él va tan ricamente sobre la bestia!". exclamaron con sorda indignación los vecinos: "Hijo mío, ya ves cómo se expresa esta gente—balbuceó el viejo—cabalga tú, que yo proseguiré andando". Dicho y hecho. Pasaron por otro pueblo y

los habitantes mascularon irónicos: "Diablo de muchacho, ¡Pues no consiente que el viejo vaya a pie!" Razonó entonces el hijo: "Suba usted también, padre: de lo contrario, esta gente zafá clamará contra nosotros". Iban cabalgando los dos tan cómodos, cuando gritáronles al pasar por un caserío: "¡Animales, vais a reventar al burro!" Con un salto, los dos estuvieron en el suelo. A pie, junto al asno, atravesaron el cuarto lugar. Los pueblerinos se mofaban: "¡Qué idiotas! ¡Tienen una caballería y no la aprovechan!"

—Donoso y expresivo el cuento.

—Y como decimos en buen criollo: no tiene vuelta. ¡Lucido está usted si espera conformar a todos!

—De manera...

—Que es preciso luchar, sin preocuparnos de lo que opine el vecino. Tenga usted conciencia de sus actos. Conciencia y... conciencia! No se necesita más.

—¡Y me elegirán!...

—En cuanto usted se muera, todo el mundo. Lástima que para entonces usted no podrá envanecerse. Que acaso sea lo que la gente quiere, en definitiva.

Antón M. SÁAVEDRA.

EL AMANECER

Reina densa obscuridad
y de la noche cerrada
surge en forma inesperada,
difundiéndole claridad,
una nube sonrosada.

Como revienta una rosa
en el azul transparente,
aparece luminosa,
radiante y esplendorosa,
la mañana en el oriente.

Con su naciente fulgor
abrilantita la esmeralda
del campo, que en su verdor
parece el rocio flor
adornando una guirnalda.

Las tinieblas, a su paso,
van rasgando los crespones,
y ruedan, hechas jirones,
en dirección al ocaso,
cuál dispersos batallones.

El monte, como un manchón
con su espesura, ensombrece,
y en el valle resplandece
la suave fulguración
de sol que, lento, aparece.

Mur del Plata, agosto 1917.

El arroyo cristalino
con sus aguas rumorosas,
va copiando las vistosas
márgenes de su camino,
y sus barrancas riscosas.

Sobre la orilla, en la senda,
se estaciona la bandada,
avizorando callada
los rumores de la hacienda
que se mueve alborozada.

Los pajaritos conciernen
su alzazara de gorjeos,
y con sus revoloteos
entre las ramas, despiertan
calandrias y ventevos.

Lerda, rumiando, una vaca
se va acercando, mojhina;
y amarrado en una estaca,
piafa un caballo, se empaca,
e inquieto se arremolina.

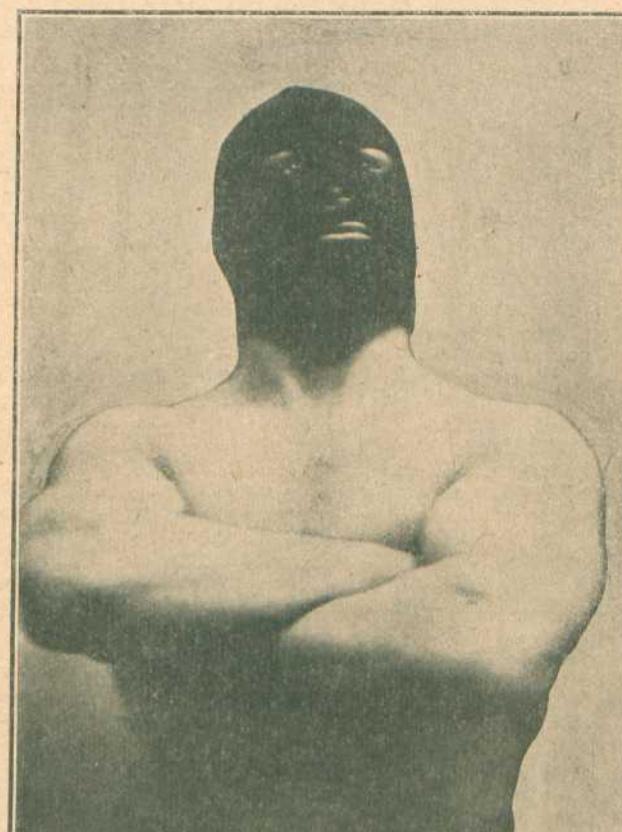
Y como hermosa mujer
que ofrendara su belleza,
toda la naturaleza
nos proporciona placer
de una inefable pureza.

Julio César GASCÓN.

CASINO

CAMPEONATO DE LUCHA ROMANA

OCHOA, MASSETTI y otros campeones recogen el guante del ENMASCARADO ante la carta-desafío que va a leerse



La Empresa de este Teatro ha recibido de **EL ENMASCARADO** la siguiente carta:

Buenos Aires, 29 de Septiembre de 1917

Don EDUARDO ROLDAN, Empresario del CASINO.

Presente

Muy señor mío:

Nuevamente desafío a todos y cada uno de los profesionales que disputan actualmente el Campeonato.

El año pasado me retiré vencido por MASSETTI únicamente, pero ahora, dado mi entrenamiento, deseo demostrar al público que un amateur experto en los golpes de lucha puede vencer a profesionales de mayor fuerza brutal.

Me presentaré enmascarado las noches que me corresponda luchar, y exijo que se respete mi incógnito, estableciéndose como el año pasado que conmigo están prohibidos los golpes de cabeza destinados a arrancarme la máscara.

He puesto a la disposición de la Presidenta de la Sociedad de Beneficencia de la Capital el premio en dinero que me corresponda.

Saluda a usted muy atentamente.

X X X - El Enmascarado.

La dirección del Casino avisa a "EL ENMASCARADO" que, aceptado el desafío, se le comunicará por los diarios de la Capital el día en que deberá presentarse para dar comienzo a los asaltos de lucha en la forma que pide. Esta comunicación se hará, posiblemente, en el transcurso de la presente semana.